

Elina Miranda
Cancela

Ofelia en el recuerdo

E

n estos días, al visitar la sala de la biblioteca de la recién inaugurada sede de nuestra Academia Cubana de la Lengua —en el edificio construido sobre los cimientos del otrora convento de Santo Domingo, donde radicara, desde su creación hasta los inicios del pasado siglo, la Universidad de La Habana—, encontré, acabados de llegar, varios ejemplares de la nueva gramática de la lengua española, cuya edición se presentó en Madrid a fines de 2009. Pensé, entonces, en la alegría y satisfacción de Ofelia,¹ la Dra. García Cortiñas, no solo porque ella había participado en su autoría, sino también porque eran el cumplimiento de un viejo anhelo suyo y de alguna manera evocaban sus muchos años de trabajo, de consagración a la docencia y al cultivo de la lengua. Nadie, como ella, sería tan feliz, si pudiera sentarse a repasar sus páginas en esta sala, con tan hermosa vista de la ciudad, y nadie, probablemente, sería capaz de analizarlas con tanta avidez científica.

Mis primeros recuerdos de Ofelia se mezclan con los de la presencia, en las aulas de la entonces Escuela de Letras, del Dr. Oldrich Tichy, de la Universidad Carolina de Praga. Era este ya un reconocido lingüista, que dominaba la lengua española como propia, cuando abandonó su cátedra para venir con sus alumnos a servir como intérpretes y traductores en aquellos primeros años

¹ Ofelia García Cortiñas (Camagüey, 2 de abril de 1930-La Habana, 10 de julio de 2007), Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana, ocupó el Sillón I de la Academia Cubana de la Lengua el 20 de junio de 1995.

del triunfo de la Revolución en que se anudaban relaciones de toda índole con la entonces Unión Soviética y los países del oriente europeo.

Por ello, ya había estado en otras ocasiones en Cuba y vivido en ella algún tiempo, cuando se convirtió en nuestro profesor de Lingüística General y de Lingüística Romance, en la recién creada carrera universitaria, y desde su cátedra renovara estos estudios con una óptica contemporánea, introdujera las modernas corrientes por las que se abría paso esta disciplina, propusiera y dirigiera la primera investigación sobre el español hablado en Cuba a lo largo de la Isla y fomentara las bases para el desarrollo posterior, tanto académico como científico, de la lingüística en nuestro país, tarea que no hubiera sido posible consolidar sin el aporte personal de su colaboradora y discípula, en aquella segunda mitad de los años sesenta, Ofelia García Cortiñas, quien por entonces se había incorporado al claustro de la Escuela y, en particular, del Departamento de Hispánica, dirigido en esos años por Mirta Aguirre.

La enseñanza de la lingüística y de la gramática había sido azarosa hasta entonces. En el nuevo plan de estudio, instaurado con la Reforma Universitaria, la asignatura Lingüística aparecía desde el primer semestre de la carrera de Letras, pero los estudiantes sintieron que no se cumplían las expectativas y que lo enseñado no les había permitido conocer prácticamente nada en torno a esta ciencia; así se puso de manifiesto cuando aquellos que habían obtenido calificación de sobresaliente, renunciaron a la nota por considerar que no se correspondía con lo que realmente sabían. Se pensó entonces que una solución sería pasarla a años superiores y reemplazarla, en un primer momento, por una asignatura de Gramática; pero también en este campo se hizo evidente la necesidad de una preparación mejor y más acorde con los niveles científicos existentes en estas disciplinas y que solo la presencia de Oldrich Tichy en nuestro claustro, permitió satisfacer y, en cuanto a la gramática en particular, la incorporación de Ofelia, quien ya por entonces era asesora del Ministerio de Educación.

Fue ella la que preparó los nuevos programas y se encargó de enseñarla con la maestría pedagógica que la caracterizaba. Asistí, como joven profesora deseosa de ampliar y profundizar mi formación profesional, a un curso de gramática estructural que

Ofelia ofrecía para aquellos estudiantes interesados en esta línea de especialización, luego de cursar los semestres básicos de la materia en cuestión. No solo adquirí entonces conocimientos que mucho después me servirían para el análisis de textos literarios griegos y de traducciones hechas de estos, objeto de mi especialidad, sino que aún, en contraste con la aridez que algunos suelen atribuirle a esta materia, rememoro que mucho disfrutaba aquellas sesiones de clases. Poco después los profesores que se ocupaban de la enseñanza de la lengua española, pasaron a nuestro Departamento de Letras Clásicas y Lingüística, dirigido por Vicentina Antuña, con quien Ofelia trabajaba en la comisión de Español del Ministerio de Educación, presidida precisamente por nuestra «magistral».

El proceso de universalización de la enseñanza universitaria que se inició en los años setenta para ofrecer una superación adecuada a muchos trabajadores, implicó la necesaria multiplicación de los docentes a fin de acoger a un estudiantado tan numeroso, sobre todo en asignaturas como Gramática y Redacción que se ofrecían en distintas carreras de ciencias sociales y humanísticas. Ofelia aceptó el reto y todas las semanas se sentaba a una mesa ubicada dentro del local del Museo Juan Miguel Dihigo, parte de nuestro departamento, rodeada de alumnos ayudantes con quienes preparaba clases, discutía resultados y aclaraba dudas. Muchos de ellos devinieron, a su vez, profesores que han mantenido con rigor y acierto, en un proceso continuo de actualización, la enseñanza de estas disciplinas en nuestras aulas y son en la actualidad reconocidos docentes, gracias a la enseñanza y ejemplo que entonces recibieron de la Dra. García Cortiñas.

Sin embargo, no sería este el único desafío académico al que Ofelia le haría frente. Al desaparecer la Escuela de Letras para dar lugar a la Facultad de Filología, nuestro Departamento pasó a llamarse de Lingüística y Letras Clásicas, inversión que hacía explícito el acento que se ponía en el desarrollo de la primera disciplina, al tiempo que los estudios de Letras Clásicas se mantenían, pero también se cuestionaban. Si bien la enseñanza de la gramática había dado un gran vuelco y se había consolidado en esos años, la lingüística, como ciencia teórica, había quedado en manos de un solo profesor, primero Tichy, luego de Ruth Goodgal de Pruna, catedrática de la Universidad Central

de Las Villas, que se había trasladado a La Habana; al tiempo que en los planes de estudio se mantenían los mismos semestres de Lingüística General y de Lingüística Romance.

Por su parte, Ofelia, aunque amante de los estudios lingüísticos en general, se había especializado en el campo gramatical, en el cual era reconocida como una autoridad y podía considerar que ya en su quinta década de vida, su labor profesional estaba asentada. Por ello, me pareció admirable que sin dudarle siquiera se diera a la tarea de reorganizar esta enseñanza, preparando programas y encargándose personalmente de su docencia y de la preparación de nuevos profesores. Quizás por ello le fuera tan difícil aceptar en 1990 la desaparición de la especialidad en Lingüística Hispánica, al aprobarse el llamado plan C en los estudios universitarios ante la necesidad de ofrecer un perfil amplio en que el graduado pudiera desarrollar su actividad profesional.

Ofelia, como antes había sucedido con renombradas profesoras de la talla de Vicentina Antuña y Camila Henríquez Ureña, prefería la docencia directa antes de sentarse a escribir artículos o libros, a menos que lo exigiera la necesidad de la propia enseñanza que ofrecía. En los años noventa, sin embargo, aceptó escribir un libro sobre las corrientes gramaticales contemporáneas y, como consecuencia del proyecto de investigación sobre el español en Cuba, aprobado entre los conceptuados como problemas principales, según la terminología usada entonces en el campo de la investigación científica, se dio a la tarea de elaborar, teniendo en cuenta los resultados, una gramática de carácter escolar.

Ambos textos quedaron guardados entre su papelería, al no haber en aquella época posibilidad de publicación, debido a la difícil situación económica que afrontaba el país. Lamentablemente todo parece indicar que estas páginas se han perdido, aunque siempre nos quedarán sus aportes, como representante de nuestra institución, al diccionario y a la gramática que vienen a remplazar los ya hace muchos años editados por la Real Academia Española; sin olvidar sus programas y libros para la enseñanza de la lengua, alguno que otro artículo publicado, en particular, el que recogía sus resultados sobre el análisis sintáctico de los Versos Sencillos, de José Martí. Sin embargo, siempre nos quedará lo más importante: la obra viva de Ofelia, aquella que ejerció sobre discípulos y colegas.

La muerte la encontró tal como siempre había vivido, trabajando, pues, precisamente hacía uso de la palabra en una reunión en la Facultad de Artes y Letras para decidir cómo lograr que los futuros estudiantes accedieran a un mejor dominio de la lengua española mediante un curso propedéutico, cuando le sobrevino el derrame cerebral del que ya no se repondría.

Hacía poco había regresado de participar en el congreso internacional de la lengua española celebrado en Medellín, Colombia, en el cual se había presentado, a manera de avance, la nueva gramática, y esa mañana, con entusiasmo, nos había estado informando de las novedades bibliográficas y los instrumentos que pronto estarían a nuestra disposición para propiciar un mejor cultivo de nuestra lengua materna. Por ello, al encontrar los amplios tomos, recién llegados, en la biblioteca de la sede de la Academia Cubana de la Lengua, todavía en organización, no pude menos que evocar, aquella soleada mañana, a la compañera de tantos años, siempre atenta, respetuosa y leal, a la maestra exigente, rigurosa y esforzada, a la investigadora acuciosa, a la autoridad a la que recurriamos ante cualquier duda lingüística, a la estudiosa infatigable, cuyo recuerdo se hacía presente en aquellos libros, al igual que en todos, y en todo, marcados por su labor a lo largo de tantos años.